# INFORME POLITICO presentado al I CONGRESO del PCE(r) por M.P.M. (*Arenas*)



1975

# Una nueva etapa de lucha de clases se abre ante nosotros

## Camaradas:

## En nombre del Comité de Dirección elegido en la I Conferencia Nacional, voy a dar lectura al siguiente informe:

En el último pleno tomamos la importante decisión de convocar el presente Congreso. De él saldrá reconstituido el Partido Comunista de España. Este será, sin lugar a dudas, un Congreso de gran trascendencia para el desarrollo de nuestro movimiento y de la revolución en nuestro país. Ante las nuevas perspectivas, el espíritu combativo que anima a todos los camaradas, a una parte de los obreros avanzados y a otros antifascistas que se hallan ligados a nuestra Organización es excelente. Ese espíritu se ha materializado en el cumplimiento de las tareas que fueron señaladas para la campaña de rectificación preparatoria del Congreso, y en el cada vez más activo boicot de las amplias masas a la política fascista de «participación».

Las condiciones para la celebración de nuestro Congreso han madurado: la agravación de la crisis económica y política del régimen, la ofensiva de la lucha de masas encabezada por la clase obrera, la bancarrota del revisionismo y, sobre todo, el estado actual de nuestras fuerzas organizadas, su cohesión ideológica y política, el grado de extensión y de ligazón con las masas; todo eso hace posible y muy necesario la reconstitución del Partido. Sin esta última condición, si no contásemos con la fuerza y la experiencia suficientes, por muy buenas condiciones que hubiera, desde el punto de vista de la crisis general del régimen, todo intento de reconstituir el Partido terminaría en un completo fracaso.

Por otra parte, el que demos por finalizada la etapa de trabajo encaminado a la reconstrucción del Partido, no nos lleva a pensar que ya lo hemos hecho todo en el terreno de la organización y en el de mayor esclarecimiento de nuestras fuerzas. Constituimos una Organización débil y nos falta experiencia. Estas son cosas que nosotros no ocultamos. Pero ha llegado el momento en que esos problemas sólo los resolveremos aplicando en nuestro trabajo el Programa y los Estatutos, que resumen la experiencia de una larga actividad desplegada entre las masas y en nuestras propias filas. En esto se concreta la labor del Partido. Sólo con el Partido seguiremos marchando adelante y haremos avanzar al movimiento de masas. Si procediéramos de otra manera, en las actuales circunstancias, quedaríamos rezagados, haríamos el juego a la burguesía y caeríamos en el oportunismo.

Por toda esa serie de razones es erróneo suponer que el Partido sólo se puede constituir cuando la 'mitad' de la clase obrera nos siga, o cuando dirijamos 'todas' sus luchas. De ser así no haría falta el Partido; las masas obreras y populares necesitan el Partido para organizarse y hacer la revolución. Mas el Partido, para fortalecerse y acumular experiencias, tiene que trabajar entre las masas obreras y populares, ligarse estrechamente a ellas, aprender de ellas, educarlas y dirigirlas en la lucha. Debe quedar claro, pues, que ni empezamos ni terminamos ahora nuestra

labor de edificación del Partido. Durante un tiempo el nuestro será un Partido débil, como lo han sido todos los partidos comunistas en su nacimiento. Pero nuestra aspiración es crear un gran Partido de tipo bolchevique, fuertemente afianzado en los principios del marxismo-leninismo y muy ligado a las masas.

Todo el mundo sabe que en España existió ese Partido, el cual fue degenerado y destruido por la reacción y el revisionismo al tiempo que venían produciéndose importantes cambios en la estructura económica y social del país y en la situación internacional muy favorables a la revolución. Estos dos hechos, la destrucción del Partido y los importantes cambios que han tenido lugar, han marcado con su sello el nuevo movimiento comunista que resurge en España.

Durante algún tiempo la clase obrera y los otros sectores populares en su resistencia al fascismo y a la explotación monopolista, han carecido de una orientación política justa y de la organización capaz de dirigirlas. Esta situación debido a la gran agudización de las contradicciones de clase en nuestro país y a la crisis general del imperialismo, no podía durar mucho tiempo sin que diera paso a la aparición de una nueva vanguardia proletaria. La aparición de nuestro Partido plantea una cuestión que es preciso poner aquí en claro.

En dos épocas diferentes, y también en cierta medida sobre bases diferentes, han sido creados en España dos partidos obreros. En contra de lo que pueda parecer, nuestro partido no va a ser el tercero.

El Partido Socialista Obrero Español fue fundado, allá por la década del setenta del siglo pasado, sobre la base del marxismo. El capitalismo era entonces una fuerza en desarrollo a escala mundial. Como es sabido, el Partido Socialista Obrero Español degeneró y, cuando ante los revolucionarios de España apareció claro el camino abierto por la revolución socialista de Octubre dirigida por el Partido del gran Lenin no dudaron en crear un nuevo partido. Así nació, en 1921, el Partido Comunista de España; sobre la base del marxismo-leninismo. Las condiciones del capitalismo habían cambiado y comenzaba su hundimiento. En estas condiciones, la clase obrera, la más consecuentemente revolucionaria de la sociedad, para jugar su papel de vanguardia necesitaba un partido esclarecido y fuerte; un partido con una táctica de combate, férreamente disciplinado y ligado a las masas.

Los comunistas de España, encabezado por José Díaz y con el apoyo del movimiento comunista internacional forjaron ese partido en la primera línea de la lucha contra el fascismo y el imperialismo y desenmascarando al oportunismo de derecha y de ‘izquierda’, tanto fuera como en sus propias filas.

Nosotros sostenemos que la política aplicada por el Partido que encabezó José Díaz fue justa en lo esencial y de ella, así como de la actividad general del Partido, extraemos hoy numerosas enseñanzas. Además, vemos que la actual situación política de nuestro país tiene sus raíces más profundas en los anteriores acontecimientos históricos de los que el Partido fue uno de los principales protagonistas. Los enemigos de nuestra clase y del resto del pueblo están ahí y continúan dominando con la misma forma de poder a la que el pueblo se opuso con las armas en la mano. La guerra civil no terminó en el 39, sino que desde entonces ha sido permanente; mientras que los cambios operados en la estructura económica y en la composición social, si bien han supuesto una importante evolución económica y social, no han hecho más que crear mejores condiciones para el triunfo de las fuerzas populares sobre el fascismo y el monopolismo y para un tránsito relativamente rápido al socialismo en nuestro país.

Nosotros siempre hemos hablado de reconstruir el Partido que encabezó José Díaz. Esto no es una pretensión gratuita. Aunque hoy nuestro Partido está compuesto en su mayor parte por una nueva generación de revolucionarios, sin apenas vínculos con el pasado, y su programa ha de adaptarse a las nuevas condiciones, tenemos en cuenta que no partimos de cero ni actuaremos como si fuésemos gentes venidas de otro planeta, o como quienes, enarbolando alguna 'teoría de moda', pretenden crear cosas nuevas, divorciadas de la historia, de la realidad actual y de las amplias masas. Nosotros no hemos obrado ni obraremos así.

Hace tiempo que rompimos con la cuadrilla carrillista, con los otros estafadores oportunistas y con su podrida ideología. Pero no hemos roto con la historia de lucha de los pueblos y del proletariado revolucionario de España. Esta historia es parte integrante de la historia del movimiento progresista y obrero internacional; está fundida, como la parte al todo, con la lucha de los obreros de los demás países y, en particular, con la de los que lucharon bajo la bandera de la III Internacional Comunista. Nosotros no renegamos de ese pasado glorioso y asumimos tanto sus aciertos como sus errores. Por ese motivo reivindicamos las tradiciones revolucionarias de la clase obrera de España y de su Partido, del mismo modo, y con más motivos todavía, que el Partido encabezado por José Díaz reivindicó las tradiciones de los demócratas populares más consecuentes como Pi y Margall, Salvochea y otros muchos que lucharon «por una España republicana, donde existiera el bienestar para el pueblo».

Hoy podríamos añadir a ésos una lista interminable de hombres heroicos, de auténticos jefes proletarios, como los de José Díaz y Joan Comorera, muertos en el exilio o vilmente asesinados por el fascismo, o desaparecidos en las cárceles a las que fueron llevados por la traición revisionista después de una vida consagrada por entero a la causa del Pueblo.

No, no podemos hacer, como quisieran algunos, borrón y cuenta nueva. Eso equivaldría a traicionarnos a nosotros mismos.

Así pues, ni en el pasado ni en las condiciones actuales encontramos nada que pueda justificar una ruptura con el Partido comunista de España. La época que nos ha tocado vivir es la misma. El imperialismo, el fascismo, el revisionismo, siguen ahí; son nuestros peores enemigos y también los peores enemigos del pueblo. Nuestro Partido se basará en los mismos principios tácticos y organizativos, en el mismo espíritu leninista: Somos sus herederos y continuadores y esto nadie podrá regateárnoslo.

El Partido no lo hemos puesto en pie en el aire ni en unos días, ni al margen de la lucha de clases. Para reconstruirlo en medio de la confusión y el desorden provocado por la traición revisionista, hemos tenido que trabajar duro durante más de siete años, hemos tenido que enfrentamos a diversos enemigos y vencer numerosas dificultades. El camino de la revolución no es un camino de rosas. Es escarpado y difícil; exige sacrificios. Es el camino de la lucha de clases y de la lucha entre las dos líneas. Para hacer la revolución hay que armarse de coraje y tomar ese camino. No existe otro, nosotros lo hemos tomado no sin vencer antes numerosas vacilaciones; no sin derrotar, en nuestras propias filas, las tendencias oportunistas y sin arrojar de ellas a los traidores y cobardes. Todo eso ha contribuido a que nos fuéramos forjando, a que conociéramos a nuestros enemigos y asimiláramos mejor nuestra invencible doctrina científica marxista-leninista.

Gracias a todo ello, hoy contamos con numerosos vínculos con nuestra clase, hemos participado en numerosas batallas y dirigido algunas muy importantes. Nuestra influencia crece de día en día. Se ha formado un núcleo dirigente y numerosos grupos comunistas en las principales zonas económico-políticas del país. Tenemos un aparato político bastante entrenado en todos los aspectos de la actividad… Gracias a la labor realizada durante los últimos años en todos los terrenos, podemos asegurar que el sector más consciente y avanzado del proletariado está, sin lugar a dudas, de nuestra parte.

Con razón decía Lenin que *«en ningún lugar del mundo ha surgido ni podía surgir el movimiento proletario de golpe, en forma 'pura', ya hecho, como Minerva de la cabeza de Júpiter»*, que *«sólo a través de la larga lucha y el duro esfuerzo de los obreros más avanzados, de todos los obreros con conciencia de clase, se consiguió constituir y fortalecer el movimiento del proletariado, desembarazándolo de todo género de mixtura, de estrecheces y deformaciones pequeño burguesas»* (1). Así ha sido, también, en nuestro país.

Comenzamos por crear un núcleo dirigente compenetrado por la misma idea: por la idea de poner de nuevo en pie al Partido Comunista. Para eso hemos tenido que impulsar, en la medida de nuestras fuerzas, la lucha contra el fascismo y el imperialismo, desenmascarando al mismo tiempo al revisionismo y otros oportunismos. Ese ha sido el programa de la reconstrucción del Partido, lo que nos ha permitido crear su estructura, echar las bases de su línea política y de su funcionamiento centralizado-democrático y establecer los lazos indispensables con las masas, particularmente con el proletariado fabril. Los planes que fueron marcados en la Conferencia se han ido cumpliendo en lo esencial, lo que, unido a las condiciones políticas que se han creado en el país, nos imponía la necesidad de celebrar el Congreso Reconstitutivo del Partido en el menor tiempo posible. Para ello era conveniente rectificar algunos errores que se venían cometiendo en el trabajo de masas, en las cuestiones ideológicas y políticas y en el propio funcionamiento llevando a cabo la campaña de rectificación y acelerando así, en lo posible, el proceso de maduración de nuestra Organización para pasar a reconstruir el Partido. Todo esto se ha realizado en la lucha y aplicando los principios del marxismo-leninismo a las condiciones de nuestro país y del nuevo movimiento revolucionario.

Sólo una cosa no se ha cumplido, y hay que decirlo: no hemos conseguido establecer vínculos con el movimiento comunista internacional. Seguimos aislados a pesar de los esfuerzos que venimos realizando. ¿Qué problema existe? Esta pregunta nos la hacen a diario los camaradas de base, nos la hacen los obreros y otros antifascistas y no podemos darles una respuesta adecuada. A decir verdad, nosotros no lo sabemos tampoco. Quizás sea debido a nuestra torpeza, o porque todavía no hemos trabajado bastante por lo que no merecemos un puesto en las filas avanzadas del movimiento obrero y comunista internacional. No sabemos qué pasa y por eso no podemos hablar.

Hemos de tener confianza. Pero mientras tanto tenemos el deber de proseguir los esfuerzos para remediar cuanto antes esta penosa situación de aislamiento que sólo quede beneficiar, de persistir en el tiempo, al imperialismo, al revisionismo y a todos los reaccionarios.

## LA TRAICIÓN REVISIONISTA

**Camaradas:**

Desde que el grupo encabezado por Carrillo comenzó a afianzarse en la dirección del Partido, hasta que se hicieron sentir los funestos resultados de su política de 'reconciliación nacional' sobre el movimiento popular y revolucionario, medió un periodo de gran confusión que los carrillistas aprovecharon para llevar a cabo la eliminación de los cuadros y los militantes sanos de base del Partido.

Los viles ataques del revisionismo moderno a la obra y personalidad de Stalin, en que se concretó su ataque al marxismo-leninismo y a la dictadura del proletariado, y las tesis del XX y XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética acerca de la «coexistencia pacífica», «transición pacífica», «partido y estado de todo el pueblo», etc., formaron la cobertura para el asalto de Carrillo y los suyos a la dirección del Partido y para su posterior destrucción. Mucho hemos hablado sobre este particular y no nos cansaremos de hacerlo hasta esclarecer a las masas toda la verdad. No obstante, hay dos aspectos de este problema que no han sido tratados suficientemente y que, sin lugar a dudas son de gran importancia para clarificarlo mejor y a fin de que no se repita en el futuro.

Carrillo y su banda encontraron en el revisionismo internacional, principalmente en la camarilla de Jruschov que usurpó el poder en la U.R.S.S. un poderoso punto de apoyo y una fuente de inspiración (por lo demás, bastante vieja). El revisionismo es un fenómeno internacional que tiene su origen en la influencia de la ideología burguesa en un sector de la aristocracia obrera y en la claudicación de ésta ante el imperialismo. El centro del revisionismo moderno lo forma hoy la camarilla socialfascista y socialimperialista que domina en la U.R.S.S. Sin el respaldo de esta camarilla, a los carrillistas les habría resultado imposible apoderarse de la dirección del Partido y llevar a cabo sus planes. Mas, si bien es cierto que sin esta condición el Partido y la revolución en España no hubieran recibido golpes tan duros, no habría sido destruido y con toda probabilidad el fascismo no estaría hoy en el poder, no es menos cierto el hecho de que para que tales golpes pudieran ser asestados, los revisionistas hallaron también condiciones favorables dentro del mismo Partido.

Otras veces hemos tratado de la labor general del Partido, del proceso de su formación y madurez, de su justa línea política, de su valentía para aplicarla. También hemos hablado de sus errores. ¿Qué marxista puede decir que un Partido comunista y sus dirigentes no se equivocan nunca, no cometen errores? Sabemos que el más importante de los errores cometidos por el Partido consistió en el debilitamiento de la vigilancia y de la lucha ideológica dentro del Frente Popular.

Pues bien, ese debilitamiento de la vigilancia y de la lucha ideológica en el Frente Popular sólo se explica por el debilitamiento de las mismas dentro del propio Partido. Un grave error que permitió a un puñado de aventureros, de arribistas e intrigantes tipo Carrillo, de gentes sin escrúpulos, ruines y cobardes, infiltrarse en el Partido, anidar en él y permanecer agazapados en su seno durante el tiempo en que la lucha era más favorable al pueblo. Y han sido esos mismos elementos los que, apoyados por el imperialismo y la reacción interna, comenzaron a apuñalar

por la espalda al Partido, a sus mejores hombres, desde el momento en que aparecieron grandes dificultades que ellos mismos hacían todo lo posible por acrecentar. Basta con observar la trayectoria que han seguido para darse cuenta de su verdadera catadura.

Nosotros no podemos admitir que la destrucción del Partido haya sido un proceso espontáneo. Esto es algo que conviene destacar, pues el Partido, aunque cometió errores, tuvo y aplicó una línea general justa, por lo que en modo alguno se puede considerar que aquellos errores llevaban en sí mismos los gérmenes de su propia destrucción. Esto debe quedar bien claro: de no haber sido por la actividad criminal de la banda de Carrillo, el Partido habría corregido a tiempo los errores y hubiera marchado adelante cumpliendo fielmente su cometido.

Un Partido salido de las entrañas de nuestra gloriosa clase obrera, que desde las primeras líneas de fuego dirigió la lucha armada popular contra la sublevación militar fascista y contra la intervención extranjera; un Partido que se mantuvo fiel al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario y fue ejemplo entré los demás partidos comunistas hermanos; un Partido que ante la dolorosa y amarga derrota no se amedrentó ni abandonó las armas, empleándolas contra los esclavizadores fascistas en todas las trincheras de Europa; que después conservó todavía la suficiente energía, el inmenso odio a los enemigos del pueblo y el coraje para batirse en la sierra y en las ciudades de España inmolando la vida de innumerables militantes: un Partido de estas características, ¿¡cómo puede mencionar siquiera la palabra «conciliación» ni cómo puede ser destruido si no es más que por la acción traicionera desplegada en su seno por una cuadrilla de criminales!?

Grave error, camaradas, el del relajamiento de la vigilancia revolucionaria, cuando se sabe que el enemigo utiliza alternativamente el cuchillo y las palabras almibaradas para destruimos. A los comunistas nos suele pintar la burguesía como gentes terribles. Pero, en realidad, muchas veces nos pierde el exceso de confianza y el buen corazón.

Carrillo y su banda han asesinado a un sin número de los mejores luchadores comunistas de España. A otros los han denunciado a la policía fascista, y a los más los enviaron a la cárcel o a una muerte asegurada de antemano empleando el engaño. Numerosos testimonios sobre esos crímenes se pueden hallar en los relatos que han ido haciendo algunos de sus comparsas y cómplices. Sabemos que los fascistas también han hecho acusaciones de este estilo para desacreditar al comunismo. Pero se han cuidado muy bien de no señalar que los verdaderos crímenes carrillistas han sido cometidos en las personas de los mejores hijos del pueblo, en las personas de los verdaderos revolucionarios. Ocultan que Carrillo y su reducido grupo han realizado lo que los fascistas no hubieran podido hacer jamás de manera directa. El carácter de provocadores, agentes del imperialismo y del fascismo de Carrillo y su banda es manifiesto.

Nosotros no debemos escandalizarnos por esos crímenes, sino denunciarlos y sacar enseñanzas. No es la primera vez que ha sido degenerado y destruido un partido obrero. Hemos de comprender que éste es un mal momentáneo que, a fin de cuentas, sirve para que el Partido resurja con redobladas fuerzas y mayor claridad, más robusto, si cabe, que antes. Lenin ya advirtió que la burguesía imperialista de todos los países se estaba preparando para salir al paso y liquidar a los partidos comunistas que en su tiempo estaban creándose. Pero él no se asustaba

por eso. Decía en su obra titulada «La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo»:

*«Es posible que en casos aislados, en algunos países, en tales o cuales periodos breves lo consigan; hay que contar con esa posibilidad, que no tiene para nosotros nada de terrible. El comunismo 'brota', literalmente, de todos los aspectos de la vida social; sus gérmenes existen absolutamente en todas partes, el 'contagio' (...) ha penetrado muy hondo en todos los poros del organismo y lo ha impregnado por completo. Si se cierra con celo particular una de las salidas, el contagio encontrará otra, a veces la más inesperada. La vida triunfa por encima de todo... Los comunistas deben saber que, en todo caso, el porvenir les pertenece. Y por eso podemos (y debemos) unir el máximo de pasión en la gran lucha revolucionaria con la apreciación más fría y serena de las furiosas sacudidas de la burguesía».*

Eliminados los cuadros y la mayor parte de los militantes de base revolucionarios del Partido que nunca estuvieron de acuerdo con la condena de Stalin ni con la nueva plataforma revisionista, la traición carrillista se hizo sentir muy tardíamente. El régimen de terror imperante en el país y la especulación que ha venido haciendo el grupo de Carrillo con las tradiciones revolucionarias y el merecido prestigio con que contaba el Partido entre las masas obreras y otros sectores populares, ayudaron a esos traidores a montar y mantener en pie durante un tiempo un muro infranqueable de falsedades. Difícil se hacía entonces luchar contra las mentiras y deformaciones revisionistas, y había que guardarse para no caer en manos de la policía política víctima de la chivatería carrillista. En todas partes los adeptos de Carrillo eran «mayoría». Pero la verdad se abre siempre camino con fuerza irresistible, y aquella «mayoría» ha resultado ser ficticia.

El comunismo caló hondo en las masas obreras y populares de España. Los carrillistas, pese a las apariencias, nunca han tenido ni tendrán el apoyo de la clase obrera, que es la verdadera mayoría a la que apelamos los comunistas. Estas circunstancias y la gran agudización de las contradicciones y de la lucha de clases, tanto en nuestro país como a nivel mundial, han hecho particularmente difícil la labor del revisionismo en España, lo que, a su vez, ha permitido que en un periodo relativamente corto surgiera una fuerte corriente de crítica y oposición que, alentada por la lucha del movimiento comunista internacional contra el revisionismo moderno, habría de adquirir gran desarrollo en el movimiento de izquierda.

## LA CORRIENTE OPORTUNISTA DE «IZQUIERDA»

**Camaradas:**

El comunismo es una fuerza inmensa que cuenta con millones de partidarios en todo el mundo. Y, como siempre ha sucedido, esa fuerza se abre paso en la lucha contra la ideología burguesa y sus variantes mixtificadoras del marxismo. Hay que decir que, con ser comprensible en quienes obran de buena fe, no es suficiente con proclamarse comunistas o partidarios del comunismo para llegar a serlo. Ante todo hay que actuar como verdaderos comunistas. La experiencia nos ha enseñado que muchos pretendidos comunistas no son otra cosa, en realidad, más que rabiosos adversarios del comunismo. Particularmente con éstos últimos, nosotros debemos establecer una línea clara de demarcación, analizando las diversas posiciones, el

origen y a quiénes sirven. Esto hemos de hacerlo con la máxima claridad y sin dejamos llevar en ningún momento al terreno de la demagogia. Sólo así podemos ganar a los elementos sanos que se hayan confundido.

Cuando las direcciones revisionistas hicieron públicas, deformándolas en todos los puntos, las divergencias que desde hacía tiempo les enfrentaban al movimiento comunista internacional; cuando estas direcciones optaron por la escisión, atacaron al marxismo-leninismo, a los verdaderos partidos comunistas, rompieron con los países socialistas y se aliaron al imperialismo y estalló, como consecuencia, la lucha abierta contra ellos y sus 'nuevas' líneas; dentro del Partido, ya en manos de los carrillistas, se manifestó una fuerte oposición al revisionismo. Esto sucedió sobre todo en las organizaciones residentes en el extranjero, donde resultaba más fácil obtener información y materiales que en aquellos momentos eran preciosos. Antes de suceder esto, en España habían aparecido nuevas corrientes y grupos políticos pequeño-burgueses que últimamente han tomado diversas formas.

La oposición a que hemos hecho referencia, logró agruparse y de ahí salió el llamado «Partido Comunista de España (m-l)». Este llamado Partido nace en el extranjero, con la fusión de varios grupos de lo más heterogéneo y sobre una base programática que era una mala copia, a retazos, de la línea aplicada en la revolución china.

Como se sabe, antes de la revolución, China era un país semifeudal y semicolonial, mientras que España es una nación industrial, con un sistema monopolista de Estado y donde la oligarquía financiera domina con la forma fascista de poder. Esta otra característica tampoco se daba en China, donde el Partido Comunista estableció en varias ocasiones alianzas con el partido en el poder para combatir al imperialismo. Además no hay comparación posible entre la historia y la cultura china y la de España. Estas son cosas elementales que no fueron tenidas en cuenta por los ideólogos pequeño-burgueses que 'elaboraron' la línea de ese partido. Alejados de la realidad del país y de las masas obreras y populares, envueltos en la atmósfera viciada de los grupos de la emigración y por las intrigas de los agentes liu-chaochistas, los obreros sanos y otros revolucionarios no pudieron evitar que ese grupo cayera desde un principio en las posiciones de un sector de la pequeña burguesía radicalizada que se había ligado a ellos.

Más tarde, la agravación de la crisis capitalista y las grandes oleadas de luchas protagonizadas por la clase obrera, dieron origen a otra escisión importante en el partido revisionista en Cataluña. De esta nueva escisión surgió el llamado PCE(i). Este se orientó desde un principio en una línea claramente trotskista. En parte, ello fue debido a la ignorancia de los dirigentes que encabezaron este grupo y, no en menor medida, una especie de 'alternativa' ultraizquierdista al oportunismo populachero de que venían haciendo gala los del PCE(m-l).

Estos dos grupos se han venido condicionando mutuamente. Los del PCE(m-l) han encontrado en el trotskismo del PCE(i) razón más que suficiente para el mantenimiento de sus posiciones erróneas; los dos han aumentado la confusión sembrada por el revisionismo, le han hecho el juego en todo momento y no han conseguido atraerse ni tan siquiera a un pequeño sector de la vanguardia proletaria. El fracaso de esos 'partidos', al igual que del revisionismo, es un hecho evidente para quien quiera verlo.

Mas el que, pese a todo el ruido que han armado, ninguno de esos dos grupos haya logrado constituir el Partido está determinado, esencialmente, por su composición de clase pequeño-burguesa, por el idealismo y la impaciencia que caracteriza sus concepciones y su práctica; por la incapacidad mostrada por sus dirigentes para resolver el problema básico que se le plantea siempre a todo partido comunista: definir justamente el carácter y la táctica de la revolución y trazar conforme a ellas un plan justo para la organización de la misma.

Sabemos que ante este problema crucial, determinante para todo movimiento, esos grupos han patinado, o bien han buscado caminos ya trillados que la experiencia está demostrando que son erróneos para nuestras condiciones.

Es sabido que uno de esos grupos define nuestra revolución como «democrático-nacional», cerrando de la manera más absurda los ojos ante la realidad del capitalismo-monopolista y el imperialismo de la oligarquía financiera española. El otro plantea la «revolución socialista», pero, metiendo también la cabeza bajo el ala, ignora la realidad del régimen fascista imperante en nuestro país.

El error de principios que comete el primero (al no querer ver el desarrollo real alcanzado por las fuerzas productivas) conduce al segundo a perder de vista el carácter que han tomado en España las relaciones sociales bajo el terror fascista. Nuestras diferencias con estos grupos, al igual que con el revisionismo son de principios y no hace falta insistir mucho para ver que, cuando las diferencias tienen ese carácter, no es posible la unidad.

Últimamente, tanto el PCE(m-l) como el PCE(i) han dado algunos retoques a sus antiguas posiciones. Pero sólo han conseguido empeorarlas. El antiyanquismo de los primeros se ha traducido en un antimonarquismo estrecho que encubren con el púdico manto de las «consignas tácticas»; mientras que el gran descubrimiento del fascismo hecho por el PCE(i) se ha convertido en la práctica de un reformismo seguidista de la actividad revisionista. Esto le ha llevado últimamente a cambiar de nombre, atendiendo las exigencias revisionistas, y a convertirse de hecho en una especie de ala 'izquierda' del revisionismo. La suerte del PCE(m-l) después del resonante fracaso de su «huelga general» y de sus denodados esfuerzos por mantener en pie las siglas del FRAP, ya se puede adivinar. No hay escapatoria posible, y quienes les apoyan en el movimiento comunista internacional tendrán que reconocer las poderosas razones que nos asisten.

Además de esos «partidos» han existido y aún existen otros grupos declaradamente trotskistas y clericales que no merece la pena detenernos en analizar. En general, si bien con algunas diferencias, no hay uno sólo de esos grupos que no sustente y practique una u otra variante de la política pequeño-burguesa que preconizan los antes mencionados o una mezcla de las dos. Tan partidarios son los del MCE de la revolución democrático-nacional, como ORT. Y ambos, junto a los trotskistas de la Liga, del fortalecimiento de CCOO, de la colaboración con la dirección revisionista y del «socialismo». De esta manera no se equivocan nunca; pueden adaptar sus programas, sus tácticas y consignas en la misma dirección que sopla el viento; siempre enfrentados al movimiento revolucionario y a su vanguardia comunista.

Hay que aclarar que un fenómeno así, el que hayan aparecido tantos grupos de iguales o parecidas características, no es una casualidad. Con frecuencia esto se atribuye a la mala voluntad de algunas personas, o a la tendencia inherente a los

ideólogos pequeño-burgueses a formar grupos y fracciones. Nosotros no vamos a negar la parte de razón que hay en ese segundo argumento. Pero esa corriente, que ha sido provocada por la traición revisionista, no se hubiera desarrollado tanto de no haber sido por el oportunismo en que han incurrido desde el principio los dos mencionados «partidos», quienes la han fomentado con sus falsas concepciones y sus aspavientos. Además, hay otro aspecto a tener en cuenta: las condiciones en que se encuentra en nuestro país un amplio sector de la pequeña burguesía, privada de libertades y que está siendo esquilmado continuamente por los monopolios. Ha sido con el resurgir de las luchas del proletariado cuando ese sector se ha animado y de sus filas han salido elementos que tratan de organizarse y de ganar influencia entre los obreros. Pero ¿acaso pueden presentarse ante los obreros con la carcomida ideología burguesa? Está claro que no. Tienen necesidad de ocultar la ideología burguesa de que son portadores. De ahí el que se haya puesto tan de moda entre algunos grupos pequeño-burgueses cubrirse con el manto del comunismo y la utilización de una terminología pseudo-marxista.

El revisionismo ha dado alas a esos grupos enmascarados de marxistas porque eso sirve a sus planes, a los fines de la burguesía monopolista. Pero nosotros no podemos permitir que introduzcan en nuestra clase sus baratijas demagógicas.

Como ya hemos comprobado, de acuerdo con su naturaleza de clase, tales grupos no mantienen una posición clara y firme respecto a ningún problema de la revolución. Su fundamento es el eclecticismo; el «si pero...». Sus dirigentes, como dijo Lenin de individuos de esta especie, son tan escurridizos como las «culebras». Y contra tales culebras hemos sostenido y debemos sostener continuamente una lucha implacable. El revisionismo es el principal enemigo interno al que tiene que hacer frente la clase obrera. No obstante, está demostrado que, en las condiciones de España, la lucha contra los grupos pequeño-burgueses tiene una importancia relativamente grande.

Nuestra Conferencia Nacional ya caracterizó esta corriente e indicó a dónde iban a parar los grupos que están en ella. ¿Nos hemos equivocado? No. Ahí están efectivamente.

Aunque fieles a su «línea», todos los grupos pequeño-burgueses sin excepción, han rehusado siempre una confrontación ideológica con nuestra Organización; hemos de proseguir la lucha contra ellos, al igual que contra el revisionismo. Hay que desenmascararles completamente y ganar para nuestra causa a quienes se sientan identificados de verdad con el m-l y estén dispuestos a servir al pueblo. De esta labor ha dependido y seguirá dependiendo en buena medida el porvenir de nuestro movimiento.

## LA CONSPIRACIÓN DE SILENCIO

En las condiciones creadas en el movimiento obrero de nuestro país tras la degeneración del Partido, la nueva vanguardia marxista-leninista sólo podía surgir del reagrupamiento de los militantes del Partido, que durante algún tiempo se vieron aislados, junto a los elementos sanos procedentes del movimiento de izquierda. El modo solapado en que el revisionismo ha llevado a cabo la destrucción del Partido, el oportunismo en que cayeron desde el principio las dos escisiones más importantes del partido revisionista, el aislamiento que hemos padecido, esas

han sido las causas principales de este proceso que venimos tratando. Otro factor que ha concurrido, y explica en parte la confusión que ha reinado, consiste en los cambios que han tenido lugar en la estructura económica y en la composición social de España, cambios que sólo más tarde se han podido apreciar en su verdadera importancia para establecer la estrategia y la táctica de lucha del proletariado revolucionario.

La Organización de Marxistas-Leninistas de España ha jugado un papel de primer orden en la preparación de las condiciones para la reconstrucción del Partido, ha jugado un gran papel en la difusión del marxismo-leninismo dentro de la clase obrera, en la lucha contra el revisionismo y contra las demás corrientes ideológicas y políticas burguesas, contribuyendo al mismo tiempo en el desarrollo de la lucha contra el fascismo y el imperialismo y en el esclarecimiento de numerosos problemas históricos y de la realidad actual (política, económica y social) de nuestro país. Se puede decir que la Organización de Marxistas-Leninistas de España ha sido el embrión de donde nace de nuevo el Partido de la clase obrera de España. Este es un mérito que, con justicia, nadie podrá quitamos.

No es éste lugar para entrar en detalles acerca de la amplitud y la riqueza del trabajo realizado, sobre el enorme esfuerzo que hemos tenido que hacer para levantar al Partido de sus propias cenizas. Ahora sólo se pretende llamar la atención sobre un hecho, por lo demás bien conocido de todos. Se trata de la conspiración de silencio urdida contra el nuevo movimiento marxista-leninista y contra nuestro Congreso por la burguesía en general y, particularmente, por los llamados «partidos comunistas» que sirven o le hacen el juego a la burguesía y al imperialismo en España.

¿Será posible que nadie se haya enterado de nuestro trabajo? Al parecer sólo las masas y, naturalmente, la policía política, están enteradas de la existencia de nuestra Organización y de los preparativos de nuestro Congreso. No hablar en público ni una palabra, no escribir ni una sola línea acerca de nuestra actividad, ni siquiera para criticarnos, se ha convertido en una consigna entre la burguesía. No parece sino que toda ella ha enmudecido ante la sola presencia nuestra, que se ha conjurado contra nosotros y que obedecen a una misma batuta. A decir verdad, no es que el enemigo de clase no nos ataque. Por el contrario: siempre que tiene oportunidad la aprovecha para golpearnos y ensuciarnos de barro. Lo que demuestra palpablemente que está muy pendiente de lo que hacemos y sigue de cerca nuestros pasos buscando destruirnos. Pero eso quiere hacerlo silenciosamente. Sin hacernos 'propaganda'. En esto se puede ver el miedo que tienen y que no están muy seguros de conseguir sus propósitos. ¿Cuántos camaradas nuestros han caído? ¿Cuántas de nuestras organizaciones han sido diezmadas? ¿Y qué decir de los tratos a que han sido sometidos en las comisarías algunos de nuestros militantes? Nadie se digna hablar de ellos. Se ha impuesto el silencio más absoluto. Esto, que en el caso del régimen es un claro síntoma de su temor y debilidad, se convierte en un crimen en quienes se llaman «demócratas» y dicen defender la causa del pueblo. A nosotros no nos causa la menor amargura esa conspiración de silencio. Sabemos que es el temor de la burguesía a que aparezca de nuevo el Partido, que son sus siniestros planes para asfixiarlo cuando todavía esté en mantillas, que es el miedo cerval que sienten todos los oportunistas a la lucha franca y abierta con el marxismo-leninismo, que son esos, y no otros, los motivos de tanto silencio.

Pero ya no les va a ser posible mantenerlo por más tiempo. ¿¡Qué dirán ahora!? ¿¡¡que hemos caído de las nubes!!? Allá la burguesía y sus lacayos con sus cuentos.

Nosotros proseguiremos nuestro trabajo. En cuanto a los «fracasados pretendientes a jefes», diremos estas sencillas palabras de Lenin: *«pueden obstinarse durante largo tiempo en sus errores (si carecen de disciplina proletaria y de honradez consigo mismos) pero las masas obreras, cuando llegue el momento, se unirán con facilidad y rapidez y unirán a todos los comunistas sinceros en un sólo partido capaz de instaurar el régimen soviético y la dictadura del proletariado»* (2).

## EL DESARROLLO CAPITALISTA LIGADO AL TERRORISMO

**Camaradas:**

A despecho de quienes se niegan a ver la realidad con todas sus implicaciones. bajo el régimen de terror implantado en el 39, de país semifeudal que era, España se ha convertido en nuestros días en una nación capitalista. La oligarquía dominante no cesa de utilizar esa transformación para sus fines propagandísticos, presentando el desarrollo como una garantía de «bienestar» y «libertad», y para la perpetuación de su dominio en el futuro. La permanencia de la forma fascista de poder y la crisis económica que padece, desenmascaran por sí mismas su propaganda demagógica.

Nosotros sabemos bien que el desarrollo económico de tipo monopolista no ha hecho sino acentuar aún más las diferencias de clase y todas las contradicciones de la sociedad española. No seríamos marxistas si cerrásemos los ojos ante alguna de esas realidades, o si al mirarlas, no viésemos creadas en ellas las condiciones para el fin próximo e inevitable del dominio fascista y monopolista. Por otro lado, hay que destacar que, en nuestro país, por la permanencia durante treinta y cinco años del régimen fascista, no obstante el desarrollo económico capitalista que ha tenido lugar, el factor político juega un papel primordial en el desarrollo de nuestra revolución.

España es una nación capitalista, de sistema monopolista de Estado, en la que existen todas las contradicciones propias del capitalismo en su fase agónica agudizadas hasta el extremo por la forma fascista de poder de la oligarquía financiera. En un país de estas características, la revolución pendiente sólo puede ser socialista. Esto está tan claro como la luz del día. Pero incurriríamos en un grave error si sólo viésemos las cosas desde el punto de vista económico; si no tuviéramos en cuenta el régimen político fascista y la existencia de contradicciones muy acentuadas entre la oligarquía fascista financiera y amplísimas capas no proletarias de la población. De ello deducimos que la principal contradicción social de España en los momentos presentes es la que enfrenta al pueblo con el fascismo y el monopolismo. Esta es una contradicción objetiva que existe independientemente de la voluntad de los hombres. Dentro del pueblo, la clase obrera es la fuerza principal y dirigente de la revolución.

Tenemos que dejar bien sentadas estas cosas; eliminar la confusión y las ambigüedades a este respecto y trazar una línea clara de demarcación entre los amigos y los enemigos, entre las fuerzas que están interesadas y cooperan a la revolución y las fuerzas que no están interesadas ni podrán estarlo jamás y cooperan con la contrarrevolución. De esto depende la línea estratégica y táctica del Partido.

Desde la Guerra Nacional Revolucionaria hasta nuestros días, se ha producido una transformación histórica en la estructura económica y en la composición social

de España. Esto ha ocurrido sin que hubiera una revolución, lo que no significa que no se hayan producido contradicciones ni luchas; no quiere decir que ese cambio se ha efectuado de forma pacífica. Nadie sería capaz de desligar el desarrollo económico de tipo monopolista del régimen de terror implantado en el 39 sobre más de un millón de muertos. El fascismo ha servido al capital financiero para sofocar en sangre las agudas contradicciones que ha llevado aparejadas esa transformación. Pero al mismo tiempo, el fascismo también ha contribuido a que se fueran acumulando y agravando las contradicciones hasta el punto en que, hoy en día, el régimen es incapaz de sucederse a sí mismo; no puede evitar el desarrollo del movimiento revolucionario de masas, lo estimula con su salvajismo y la oligarquía no encuentra ninguna salida a su difícil situación.

Con el advenimiento de la II República en 1931, la oligarquía agraria y financiera aliada al imperialismo internacional, hizo un intento de revolución democrático-burguesa permitiendo para ello el acceso a los órganos del poder de algunos representantes de los partidos pequeño-burgueses y de los jefes socialdemócratas. Al mismo tiempo intentaron contener y desviar por el camino reformista el gran impulso revolucionario de las masas populares que venía desarrollándose desde principios de siglo. Pero, como siempre, la oligarquía española llegó tarde a la cita de la historia. Las contradicciones acumuladas desde mucho tiempo atrás en la sociedad española experimentaron entonces un gran desarrollo, permitiendo a las masas, dirigidas por el Partido Comunista de España, conquistar importantes mejoras e instaurar, en 1936, un gobierno verdaderamente popular.

La sublevación militar fascista y la intervención extranjera, no buscaban solamente conjurar el peligro inmediato de revolución y hacer de nuestro país una colonia y una base de agresión a otras naciones. También tenían el vano propósito de hacer desaparecer el peligro de revolución para el futuro.

Estranguladas las conquistas populares por las fuerzas reaccionarias del interior y extranjeras, durante mucho tiempo los monopolistas no encontraron ningún obstáculo serio para satisfacer su codicia, su afán de lucro, su sed de sangre del pueblo indefenso, honrado y laborioso. Todas las conquistas políticas del pueblo fueron suprimidas y se implantó el monopolio político de la oligarquía. Esta no esperó ni un instante para comenzar a cobrarse el tributo de su monstruoso crimen: los terratenientes se apropiaron de las tierras, los financieros y los grandes industriales colocaron bajo su control todo el capital y la industria básica y media; la Iglesia recuperó sus privilegios para aumentar sus medios económicos y para sembrar el opio religioso. A los pueblos de España les impusieron el yugo, suprimieron por decreto las nacionalidades, hicieron de nuestro país un inmenso campo de concentración con todas sus miserias: con el hambre, la explotación y la represión más despiadadas, donde asesinaba a diario por miles a los mejores hijos del pueblo. ¿Cómo olvidar todo esto si seguimos enfrentándonos a ello cada día?

Es así como se ha producido la transformación económica de España. La agricultura, base del antiguo sistema semifeudal, ha cedido el lugar preponderante que ocupaba en la economía a la industria, y la explotación agrícola misma ha experimentado una transformación capitalista. De este modo se ha triplicado el número de la clase obrera, que hoy constituye el sector más numeroso de la población. Como señala el «Manifiesto Comunista» de Marx y Engels: *«La burguesía no puede desarrollarse sin crear al mismo tiempo a sus propios sepultureros»*.

## UNA NUEVA COMPOSICIÓN SOCIAL

Pasados los primeros años de intensa acumulación capitalista y de economía autárquica, y una vez que hubo cambiado radicalmente la situación internacional, la oligarquía se vio metida en un callejón sin salida.

El aislamiento político y económico y, más en particular, el mismo régimen fascista, le resultaba demasiado estrecho para el desarrollo de las fuerzas económicas que estaba desencadenando. Así comenzó a «liberalizar». Tal liberalización habría de suponer para los monopolistas el acrecentamiento de sus grandes negocios, la conservación de sus privilegios, el mejor control sobre las masas, que comenzaban a reponerse de la momentánea derrota, y el fortalecimiento sobre ellas de su dictadura sanguinaria. Los fracasos cosechados por la oligarquía en el terreno político son equiparables a sus éxitos económicos.

Con los planes de desarrollo iniciados tras la estabilización monetaria de 1959, se puede decir que comienza a un ritmo acelerado la transformación capitalista de España impulsada desde el Estado.

Hace ya bastante tiempo que la agricultura ha cedido el lugar a la industria como principal fuente de riqueza del país. En 1968 el producto agrario representó el 16,3 por ciento del total del producto nacional, correspondiendo al sector industrial el 33,7 por ciento. La suma restante (según la división que hace la burguesía), se refiere al llamado sector servicios. Hoy, la economía de nuestro país se halla completamente monopolizada. Un centenar de bancos, en particular cinco grandes, aparte de los recursos propios, manejan más del 80 por ciento de los depósitos y los fondos del Estado para sus fabulosos negocios. Los monopolistas controlan las principales ramas de la industria, la minería, el transporte, etc; obtienen créditos baratos y todo tipo de subvenciones estatales y exenciones tributarias, cargando sobre las espaldas de las masas las pérdidas de sus empresas ruinosas. Según cifras oficiales, hasta 1968 más del 31 por ciento de las inversiones realizadas en la industria han salido de los bolsillos de los contribuyentes y de las arcas del Banco de España; es decir, de los fondos monetarios y de la emisión desmesurada de billetes. Es así como se ha venido costeando el «desarrollo», sobre las espaldas del pueblo. Además de con la explotación intensiva de la clase obrera, con el triple robo que resulta de la inflación provocada, el aumento incesante de los impuestos y de los precios que con ello ocasionan.

También en el campo, como es lógico suponer, la oligarquía ha hecho de las suyas. En España no se ha realizado una transformación agraria capitalista de tipo antiguo: mediante el reparto de las tierras y la libre circulación de capitales. Después de la guerra, los terratenientes se apropiaron de las grandes extensiones de tierra cultivables y los capitalistas financieros comenzaron a esquilmar a los medianos y pequeños campesinos con altos impuestos, con precios monopolistas y obligándolos, finalmente, a trabajar para ellos mediante los créditos usuarios. El absentismo y el minifundismo, dos aspectos complementarios de la antigua economía semifeudal, todavía no han desaparecido: conviven, junto a la explotación agraria de tipo capitalista más moderna, como claros exponentes del dominio de la oligarquía agraria y financiera. Así tenemos que, sobre 43 millones de hectáreas de superficie productiva existentes en España, 21 millones son cultivadas (estando el resto dedicado a los pastos, superficies forestales, etc). De esos 21 millones más del 50 por ciento pertenecen a una ínfima capa de grandes terratenientes que no su-

man ni el 1 por ciento de la población rural. El 8 por ciento de las tierras es explotado por campesinos medios que poseen de 50 a 100 hectáreas, mientras que el 39 por ciento restante, dividido en parcelas que van de menos de 1 a 50 hectáreas, es trabajado por 2.400.000 campesinos pobres. Un millón de obreros agrícolas no posee tierras en absoluto.

Respecto a la capitalización del campo, es un hecho significativo que se ha pasado de unos 50.000 tractores en 1960 a más de 330.000 en 1973, siendo los más beneficiados los grandes terratenientes. Los técnicos de la oligarquía prevén una expoliación aún mucho mayor del campesinado, proponiendo planes para reducir la población agrícola a 780.000 personas es decir, al 5 por ciento de la población activa, en un corto periodo.

Al igual que en la industria, el Estado destina grandes capitales a sufragar los gastos de las nuevas roturaciones de tierras, para la formación de «cooperativas», para las obras de trasvases de agua y de los regadíos que explotan en condiciones muy ventajosas los grandes terratenientes en combinación o asociados con el capital financiero. Este ha sido otro gran 'milagro' económico realizado por la oligarquía con la ayuda de los fusiles de la guardia civil.

Estas transformaciones económicas han modificado profundamente la composición social de España.

Hoy, más del 40 por ciento de la llamada población activa está compuesta por obreros, y de dicha población, el 29 por ciento forma el importante núcleo del proletariado industrial. Un 25 por ciento representa la población activa del campo. Esta gran masa de la población vive bajo un régimen voraz de explotación y ve empeorar de día en día sus condiciones de vida.

El nivel de vida de las masas campesinas es un 40 por ciento inferior a las de las grandes ciudades. Mientras el Estado gasta grandes sumas para los negocios de los grandes capitalistas, faltan dos millones de viviendas para los trabajadores y un millón de niños se encuentran sin escolarizar. A todo esto hay que añadir las prolongadas jornadas y el intenso trabajo a destajo, los salarios de hambre, los cientos de miles de «accidentes» que son verdaderos crímenes y la condena a la emigración masiva. Como vemos, España es un paraíso para los parásitos monopolistas.

Los fascistas han tenido tiempo para mostrar la 'superioridad' de su 'revolución' nacional-sindicalista en relación a la revolución socialista, donde la clase obrera detenta el poder y todo se hace por el pueblo y en bien del pueblo y no, como sucede en España, en el de una ínfima minoría.

## EL CARÁCTER IMPERIALISTA DECADENTE DEL ESTADO ESPAÑOL

Esta transformación capitalista efectuada en España a mediados del siglo XX y bajo un régimen de terror, cuando ya el capitalismo se halla en el ocaso, al final de su existencia en el plano mundial, está plagada de contradicciones. Como hemos podido comprobar, ninguno de los viejos problemas económicos y sociales heredados de la antigua sociedad han sido resueltos, haciéndose aún mayores las desigualdades con el desarrollo capitalista: la acumulación, la opulencia y la plenitud de derechos para unos pocos, y la falta absoluta de derechos, la expoliación, la miseria y la inseguridad para la inmensa mayoría.

Esto hace que se agudicen en extremo todas las contradicciones. Diremos de pasada que sólo procediendo de la forma bestial como lo han hecho los monopolistas españoles, podían éstos mantenerse en el poder y acrecentar sus privilegios. No había, pues, en España, como engañosamente querían hacer creer los revisionistas, ninguna otra vía de desarrollo capitalista más que esa: una vía de desarrollo monopolista y ligarla al terrorismo de un régimen fascista. Este es uno de los rasgos más característicos y 'originales' del sanguinario capitalismo español, lo que hace que sea tan precaria su existencia.

Este carácter del capitalismo en España, como su misma existencia, lo pasan por alto con gran facilidad algunos nacionalistas pequeño-burgueses de nuevo cuño. Estos son unos ilusos, y a no ser porque, objetivamente, se hallan enfrentados al fascismo y al monopolismo y odian profundamente al imperialismo yanqui, al que culpan de todos sus males, habría que llamarles también reaccionarios. Conviene que hagamos algunas aclaraciones a este respecto.

Dada su naturaleza, el Estado español ni tan siquiera puede ser encuadrado entre los fuertemente dependientes del capitalismo financiero internacional, sino que, por el contrario, él mismo forma parte, en calidad de potencia de segunda fila, del grupo de naciones imperialistas. Sólo en este sentido se puede hablar de la dependencia o interrelación del capitalismo español respecto al capital financiero internacional. Los industriales y financieros de España reciben créditos y exportan capitales en condiciones ventajosas, al igual que hacen todas las oligarquías. Según ABC del 23 de Noviembre de 1974, la inversión española prevista en Latinoamérica para los próximos años es de 3.000 millones de dólares. El Estado español participa en las peleas por los mercados y por las fuentes de materias primas, se arma hasta los dientes y establece alianzas militares para llevar a cabo con mayor fuerza esa competencia.

El Estado español sufre, como el que más las fuertes sacudidas de la crisis general que conmueve al mundo capitalista.

Es cierto que la mayor parte de las inversiones de capital extranjero realizadas en España en los últimos años son efectivamente, de origen norteamericano. Pero ese mismo fenómeno de la preponderancia de las inversiones yanquis, del imperio del dólar, se ha producido en todos los países capitalistas tras la II Guerra Mundial. El siguiente ejemplo ilustra bastante lo que decimos: mientras que, del total de las inversiones directas acumuladas por los EEUU en el exterior en 1969, 130,1 estaban colocadas en Inglaterra, 70,8 en la República Federal Alemana, 40 en Francia... a España correspondía 18,5. Esa inversión yanqui, junto a la de los demás grupos financieros extranjeros supuso el 9 por ciento del total de las inversiones previstas por la oligarquía española para su I Plan de Desarrollo y sólo el 6,8 por ciento para el II. La tendencia decreciente es muy clara. Ciertamente, esas cifras son considerables si se tiene en cuenta que con un pequeño capital bien colocado puede controlarse ramas enteras de la economía, y así sucede realmente. Pero esas ramas controladas por el capitalismo extranjero no son fundamentales y, en última instancia, no debilita, sino que fortalece el dominio económico y político de la oligarquía. De estas cuestiones, ya hemos hablado otras veces, por lo que no vamos a insistir más aquí.

En cuanto a las bases y a la 'ayuda' prestada por los yanquis, eso es un problema diferente. De esto solamente diremos que el Estado español figura en último lugar de la lista de los Estados europeos en cuanto a 'ayuda' se refiere. En relación a las

bases, es evidente la dependencia a que ha estado sometida la oligarquía respecto al imperialismo yanqui en las cuestiones militares. Pero también en los demás países capitalistas existen bases yanquis, claras o encubiertas bajo el manto de la Alianza Atlántica. ¿Acaso no ha supuesto esa Alianza también una forma de dependencia? El caso de nuestro país es distinto. Los rapaces yanquis se han aprovechado de la debilidad y las dificultades por las que venía pasando el régimen español para imponerle sus condiciones leoninas. Pero la situación está cambiando. Esto se está viendo con meridiana claridad últimamente.

## EL FASCISMO SIGUE EN EL PODER Y LAS MASAS HAN TOMADO LA INICIATIVA Y LO TIENEN ACORRALADO

Si en el terreno económico los éxitos les han resultado relativamente fáciles de obtener a la oligarquía monopolista gracias a la imposición de su régimen de terror, se puede decir que esos éxitos económicos han tenido su reverso, y no podía ser de otra forma, en el más completo fracaso político. La clase obrera y las demás capas populares de España, no sólo no se han sometido, no sólo no se han mantenido sumisas ni se han dejado controlar, sino que, pese a la traición revisionista, con sus luchas resueltas contra la explotación y la opresión fascistas han ido creando una situación muy favorable para el desarrollo de la revolución.

En otros países capitalistas, no obstante su carácter monopolista, opresor, rapaz y parasitario, las oligarquías dominantes han procurado disimularlo ejerciendo su dictadura con formas más encubiertas. Han procurado mantener una división de funciones entre los órganos legislativos y ejecutivos, una aparente independencia del Estado respecto a los grupos financieros, de la institución judicial, de la Iglesia, los sindicatos, los municipios, etc., presentando al Ejército, columna vertebral de todo su sistema, como algo al margen de las clases y de las luchas sociales.

De esa forma los monopolistas se ponen las espaldas a cubierto. Pero en España esto no sucede así; las cosas se han simplificado en extremo. En nuestro país han sido los mismos monopolistas, los banqueros, los terratenientes, los obispos, los generales (por lo demás todos ellos muy católicos) quienes han estado enseñando continuamente sus colmillos al pueblo.

La gestión política del régimen no ha podido ser más provechosa para las masas, las cuales, una vez recuperadas de su momentánea derrota, han podido ir asestando golpes demoledores que, no importa el lugar o su contundencia, afectan de manera directa al conjunto y hasta a la misma raíz del Estado debido a la naturaleza rigurosamente centralizada del sistema.

Aquí cabe citar la profunda observación hecha por Marx en «El 18 Brumario» acerca de cómo procede la revolución proletaria respecto al sistema político de la burguesía: *«La revolución es radical* (dice Marx). *Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método... lleva primero a la perfección el poder parlamentario para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a la perfección el poder ejecutivo, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él como único blanco para concentrar contra él todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará y gritará jubilosa: ¡Bien has hozado viejo topo!»*. Esto es algo que se ve con meridiana claridad en nuestro país.

Los fascistas y monopolistas sembraron la muerte y esclavizaron a nuestro pueblo pensando en la eternidad de su régimen; se embriagaron con sus proyectos 'imperiales'; pretendieron eliminar los problemas económicos, los partidos políticos y la lucha de clases. Es cierto que se han mantenido en pie durante mucho tiempo, en buena medida eso hay que atribuirlo a la traición del revisionismo. Mas ahora, por las propias leyes de la vida, las cosas han cambiado notablemente. Lo que ellos creían que era su principal fortaleza ha resultado ser su principal debilidad. Los problemas económicos les ahogan; resurgen los partidos políticos populares y la lucha de clases se desarrolla impetuosa. Y lo peor de todo para ellos, la gran fatalidad de los monopolistas de España, consiste en que esas cosas suceden bajo su régimen y no en el «liberalismo», al que atribuían todos los males de la sociedad y sin que les quede ya ninguna posibilidad de 'recambio'; ni siquiera la del «liberalismo», a la que quieren retornar. Y es que del monopolismo y el fascismo no hay marcha atrás. Sólo se puede ir hacia el socialismo y a la dictadura del proletariado. Ya lo dijo Dimitrov, el gran dirigente de la Internacional Comunista: *«El fascismo, que ha surgido como resultado de la decadencia del sistema capitalista, actúa a fin de cuentas, como un factor de su ulterior descomposición»*.

## EL FRACASO DE LA NUEVA POLÍTICA DEL RÉGIMEN

Nada de lo sucedido últimamente en el país nos ha cogido de sorpresa. Una vez fracasados todos los planes de integración, primero mediante el «pacto», y con la «apertura» más tarde, basada en el «bloque» del 20 de Diciembre, a la oligarquía no le queda más remedio que intentar poner en pie sus antiguas banderías a fin de contener las justas demandas democráticas y de una vida mejor de las amplias masas populares. Pero todo resultará inútil. Nada podrá amedrentar a las masas ni contenerlas en la lucha, puesto que se hallan dispuestas a reconquistar lo que les ha sido arrebatado.

Como vienen demostrando los hechos diarios, el pueblo, y menos aún la clase obrera, no ha creído nada ni ha seguido las campañas demagógicas sobre la «paz» y la «conciliación» lanzadas por los fascistas y los revisionistas. La razón de ello estriba en que esas campañas están en oposición con la vida misma. Las masas han sufrido continuamente una gran explotación y la más feroz represión.

El inicio de la crisis de carácter revolucionario, hace tiempo anunciada por nuestra Organización, comienza a ser una realidad. Por todas partes rugen los truenos que preceden a la tormenta.

Como decimos, el régimen ha sufrido últimamente el mayor descalabro de su sanguinaria historia con el fracaso de la política de «participación». Este fracaso, su gran aislamiento y la perspectiva de una mayor agravación de la crisis económica, no augura nada bueno para los monopolistas. En estas condiciones, una mayor explotación y un incremento de la represión es todo lo que, como siempre, pueden ofrecer a las masas para procurar inútilmente salvarse del naufragio de la historia. Pero sucede que ya no pueden hacer como antes.

La época en que el capital monopolista podía exprimir y masacrar a su antojo e impunemente a las masas ya ha pasado. Al mismo tiempo, todas las ilusiones sembradas por el revisionismo sobre una evolución hacia formas «democráticas», nadie las cree, no han logrado ni lograrán paralizar al pueblo en sus justas demandas. Hoy se plantea claramente la lucha más encarnizada por el poder. La guerra civil, como

testimonia la permanencia del régimen fascista y los continuos estados de excepción, ha sido permanente en España desde el 36 a nuestros días; sólo ha tomado, diversas formas. Hoy la posición de las fuerzas sociales en pugna es distinta a la de antes del 36. El fascismo está en el poder y las masas han tomado la ofensiva y lo tienen acorralado. Sin lugar a dudas, éste es el rasgo más señalado de la actual situación política de nuestro país.

No es una casualidad el que hayan salido de nuevo a primer plano los viejos perros de presa del capitalismo dispuestos a servir a sus amos. A nosotros no nos asustan sus alaridos y al pueblo tampoco. ¿Qué puede atemorizamos después de 35 años de régimen fascista? Provocan risas, en lugar de temor. No obstante, no debemos subestimarlos, pues todavía conservan sus dientes y pueden causarnos algún daño.

A Franco le sucederá el digno descendiente de Fernando VII, esa criatura siniestra y ridícula. Las prerrogativas de Franco serán ahora compartidas y se articularán las «asociaciones». Pero aún así, y coronado, no habrá de cambiar la naturaleza terrorista y rapaz del régimen. El fascismo pretende rejuvenecerse poniéndose, sobre la sucia y raída camisa del 18 de Julio, el manto real que le ha de servir de mortaja.

Pero yerran en sus cálculos si piensan que van a sostenerse así durante mucho tiempo. Han visto actuar al coro de charlatanes de la 'izquierda', y sin duda piensan que las masas van a quedarse quietas y soportarán otros 35 años su dictadura. Creerán también que no surgirá el Partido de vanguardia dispuesto y capaz de encabezar y dirigir a las masas. Los fascistas se equivocan igualmente si creen que una mayor represión, si un nuevo reagrupamiento de las fuerzas más negras y reaccionarias no va a traer consigo también un nuevo reagrupamiento de las fuerzas democráticas y una mayor aceleración de la revolución: Se equivocan irremediablemente.

## HACIA LA UNIÓN PARA LA LUCHA POPULAR ANTIFASCISTA

Tres años de guerra abierta y más de 35 de represión y explotación monopolista, en medio de todas las lacras del sistema capitalista, no pasan en balde. Suponen una escuela formidable de educación política para las masas. Ya dijo Lenin que los *«pueblos no pasan en vano por la escuela de la guerra civil. Esta es una escuela dura y en su programa, si es completo, entran también inevitablemente los triunfos de la contrarrevolución…, pero sólo los pedantes y las momias sin juicio pueden lloriquear, lamentarse de que los pueblos pasen por esa escuela llena de tormento»*. El pueblo no quiso ni quiere la guerra. Y sin embargo, la guerra le ha sido impuesta. Tampoco busca la 'revancha', como dan a entender maliciosamente los revisionistas, sino la libertad y los derechos de que ha sido despojado y por los que está obligado a luchar. Esto, que fue arrancado al pueblo por las armas, sólo con las armas podrá recuperarlo. Que nadie se haga ilusiones.

Para destruir al fascismo y hacer la revolución, la clase obrera ha de organizarse y agrupar en torno suyo a los demás sectores del pueblo que se hallan en contradicción con el fascismo. Esto sólo puede lograrlo si es dirigida por su Partido Comunista, si sabe en todo momento combinar las acciones más resueltas contra su principal enemigo con el máximo de flexibilidad con sus amigos y posibles aliados; si no confunde las contradicciones existentes en el seno del pueblo con la que enfrenta a

éste con el fascismo; si sabe unir en todo momento a la inmensa mayoría para atacar y destruir a la ínfima minoría explotadora. Es absolutamente necesario conservar siempre la independencia política de la clase obrera, criticar las vacilaciones inevitables de sus aliados y jamás confiar ni apoyarse en una fracción del fascismo para oponerse a otra. Eso sólo puede confundir y paralizar a las masas populares. ¿Quiere esto decir que no vamos a utilizar las contradicciones que existen en las filas fascistas, que no vamos a utilizar las posibilidades legales, por mínimas que sean, o que no vamos a promover la lucha por conquistas parciales inmediatas? En modo alguno. Todo eso lo haremos según las condiciones y ateniéndonos firmemente a los principios fijados por nuestra doctrina, no hipotecando los objetivos finales a la obtención de mejoras, como hacen todos los oportunistas.

Hace tiempo que planteamos la necesidad del Partido y nos pusimos a trabajar para su reconstrucción. Ahora planteamos la necesidad de la lucha organizada del pueblo para aplastar al fascismo. Lo primero ya lo hemos conseguido en lo esencial y lo segundo también será conseguido; existen todas las condiciones para ello. Los comunistas no hacemos planes en el aire y nadie puede dudar de nuestra firme decisión para llevarlos a cabo. Pero si la Reconstrucción del Partido ha sido un trabajo relativamente fácil y de corta duración, no va a resultar así la destrucción del fascismo. Debemos ser plenamente conscientes de esa realidad. Con la Reconstrucción del partido hemos dado cima a una etapa muy importante de nuestro trabajo y ahora comenzamos otra que ha de llevarnos a la revolución, sin el Partido no se podía hablar seriamente de hacer la revolución. Mas ahora sería equivocado suponer que en poco tiempo va a desarrollarse ampliamente la lucha organizada popular. La revolución se desarrolla sin cesar y a partir de ahora va a experimentar mayor impulso. Pero todavía necesita pasar por un periodo de preparación, de mayor esclarecimiento y organización de la clase obrera, de acumulación de fuerzas revolucionarias.

Reconstruido el Partido ¿cuál ha de ser nuestra tarea central? Prepararnos y preparar a las masas y luchar contra el fascismo hasta derrocarlo mediante la lucha armada. No puede haber entre nosotros ninguna duda a este respecto. La unidad del pueblo que nosotros preconizamos y por la que trabajaremos sin descanso al frente de la clase obrera, tiene por objetivo la destrucción del fascismo y el monopolismo. No buscamos el chalaneo de grupos, no especulamos con los sagrados intereses de la clase obrera y de las amplias masas populares. Trabajaremos para la unión y la lucha a fin de destruir el aparato burocrático-militar fascista, para instaurar un Gobierno Provisional Revolucionario que no vacile ni ceje hasta aplastar a la reacción y sus privilegios, para nacionalizar los medios fundamentales de producción y de cambio, conseguir la libertad para el pueblo y crear un nuevo tipo de estado democrático.

Nosotros sabemos que todo eso, en las condiciones de nuestro país, conduce inmediatamente a la dictadura del proletariado y al socialismo. Esto es algo que no ocultamos. También sabemos que es lo único que ofrece garantías a las masas y que éstas, llegado el momento, no dudarán en la elección. El programa que presentamos es muy claro a este respecto y pensamos que puede ser ampliamente aceptado.

A fin de lograr lo antes posible la unidad para luchar por esos objetivos nosotros haremos las concesiones que hagan falta. Pero advertimos que no supeditaremos nuestro trabajo a los acuerdos con otras fuerzas, sino que nos basaremos en una labor independiente entre la clase obrera y entre las masas de elementos sin parti-

do. Nosotros constituimos el Partido de la clase obrera, nos basamos en ella y de ella sacamos nuestras principales fuerzas defendiendo, tanto sus intereses inmediatos como futuros. Tal como se viene demostrando, los intereses de la clase obrera coinciden hoy en lo fundamental, con los amplios sectores del pueblo, por lo que también defendemos los intereses de esos sectores. Eso sólo el Partido proletario puede hacerlo de una manera consecuente, y estamos seguros de ganar amplio apoyo y confianza y forjar una sólida alianza.

En los últimos años, la clase obrera de nuestro país ha acumulado numerosas experiencias en su lucha política y sindical. Nuestra Organización ha resumido algunas de esas experiencias y se esfuerza en dirigir las luchas. En adelante hemos de prestar mucha más atención a este aspecto tan importante de la lucha. Hemos de impulsar la creación de organizaciones sindicales unitarias lo más amplias y abiertas posible, poco reglamentadas y ligadas al Partido, sólo así, en su gran mayoría, la clase obrera podrá jugar el papel que le corresponde como fuerza motriz y dirigente de nuestra revolución. Al mismo tiempo, eso facilitará la labor del Partido dentro de ella y el que podamos llevar a las amplias masas populares, principalmente el campesinado, pero también entre las minorías nacionales, los pequeños comerciantes, los estudiantes, intelectuales, etc. que suman más del 90 por ciento de la población, el programa político de la clase obrera, organizándolas y movilizándolas para la lucha.

Ahora tenemos que proseguir la línea de boicot y de resistencia al fascismo, denunciar al revisionismo y oponernos al aventurerismo; cercar aún más y mejor la fortaleza enemiga, acumular fuerzas revolucionarias, atrevernos a luchar y a vencerla. El tiempo obra a nuestro favor y en contra de la reacción.

## LA CORRIENTE PRINCIPAL ACTUALMENTE EN EL MUNDO ES LA REVOLUCIÓN

**Camaradas:**

Es de gran interés para la actividad del Partido y para el desarrollo de nuestra revolución, el que tengamos la visión más clara posible de la situación internacional.

Es indudable que se están agudizando las contradicciones fundamentales que caracterizan al mundo de nuestros días; en particular la que enfrenta a los pueblos y naciones oprimidas con las dos superpotencias. Al mismo tiempo se extiende e intensifica la rivalidad de éstas en todas partes poniendo en peligro la paz mundial. En estas condiciones la lucha contra el imperialismo y contra el hegemonismo en España adquiere mayor importancia cada día.

Hoy está claro el hecho de que, pese a la dependencia a que en algunos aspectos se ve sometido el Estado español respecto al imperialismo yanqui, España viene ocupando un lugar destacado entre las potencias imperialistas de segunda fila y no escapa a las grandes conmociones económicas, políticas y militares que sacuden hasta los cimientos al mundo capitalista. La lucha que libran las dos superpotencias, EE.UU. y la U.R.S.S. por la hegemonía, comienza a tener efecto en nuestro país.

La naturaleza monopolista del estado español, la posición geográfica de España, enclavada entre dos continentes y dos mares, a la puerta de una zona que es terreno

de batalla de las dos superpotencias y donde se avivan las llamas revolucionarias, todo eso hace de nuestro país un campo abonado para la rivalidad interimperialista.

El desarrollo monopolista de España, los cambios en la correlación de fuerzas internacional y la crisis general que padecen los imperialistas han despertado en la oligarquía española sus apetitos expansionistas. Para ello le es imprescindible también mantener intacto su régimen de opresión. Este sentido tienen sus crecientes contradicciones con el imperialismo yanqui, sus planes de establecer una vinculación más estrecha con los países de la Comunidad Económica Europea y sus amagos de turbias relaciones con el socialimperialismo soviético como medio de presión para conseguir sus fines.

Hace ya bastante tiempo que habíamos señalado esta tendencia y últimamente han tenido lugar algunos cambios en la zona del Mediterráneo y en Portugal que han venido a confirmar nuestras apreciaciones. El desarrollo de los acontecimientos ha hecho más arrogante a la oligarquía, siendo en realidad los llamados países «democráticos» los que se aproximan y se muestran 'comprensivos' para con el régimen fascista español. Esta es la historia de siempre; desde la política criminal de «no intervención», pasando por la de apaciguamiento, y ahora de apoyo descarado al fascismo español. Pero tampoco por aquí las tienen los fascistas todas consigo. Europa es un hervidero de contradicciones y los pueblos de esas naciones no admitirán esta nueva puñalada asestada por sus oligarquías a los pueblos de España. Esto es algo que va en contra de ellos mismos y de los intereses de todos los pueblos del mundo. A fin de cuentas, será el desarrollo de la lucha popular en España la que habrá de determinar, al igual que todas las demás cuestiones importantes, la solución de este problema que afecta directamente a nuestro país pero que, sobre todo en las actuales condiciones internacionales, también afecta a los demás pueblos y países del mundo amantes de la paz y la justicia. Apoyar al fascismo español, ayudar a enmascararlo con el pretexto que sea, supone hacer un mal servicio a la causa de la paz y de la libertad. Nuestro pueblo no se someterá y eso hará crecer las llamas de la revolución en toda Europa.

Conviene señalar que tanto la rivalidad imperialista como la utilización que de ella tratan de hacer los fascistas y monopolistas españoles, traerán consigo nuevos peligros y aún mayores privaciones para nuestro pueblo.

Nuestro Partido ha de dejar bien sentada su posición ante esos problemas. En ningún momento nos dejaremos arrastrar por el carro de la política imperialista y vendepatria de la oligarquía, sino que la combatiremos con todas nuestras fuerzas. Al mismo tiempo, no cesaremos de combatir al imperialismo yanqui y los intentos socialimperialistas de meter sus zarpas en nuestro país. La política de independencia y no alineamiento con ningún bloque que persiga fines imperialistas y agresivos, definida en nuestra I Conferencia Nacional, es básica para nosotros.

El Sahara debe ser devuelto a los saharauis; Melilla, Ceuta y los demás territorios ocupados en el Norte de África deben ser devueltos a Marruecos. Los soldados no deben disparar ni un sólo tiro y tienen que ser repatriados. En cuanto a las bases yanquis y a Gibraltar, las primeras tienen que ser desmanteladas y Gibraltar reintegrado a la soberanía nacional. Nuestros puertos y nuestras costas, así como el Mediterráneo, deben quedar libres de las escuadras de las dos superpotencias.

Tras la II Guerra Mundial los EE.UU. ocuparon el lugar de los antiguos colonialistas en la explotación y opresión de los pueblos y naciones, erigiéndose en guardián

internacional. Sometieron a su control e intervención económica, política y militar a las otras naciones imperialistas que salieron derrotadas de la guerra y a sus propios aliados que quedaron muy debilitados. Pero esa situación ha durado poco tiempo, los triunfos del socialismo, el desarrollo del poderoso movimiento de liberación nacional, la degeneración capitalista de la U.R.S.S., la expansión económica en los otros países capitalistas y la crisis general que todos padecen, han hecho recular en todas partes a ese gigante con los pies de barro. La lucha de liberación y las victorias obtenidas por los pueblos indochinos, han asestado un duro golpe al imperialismo yanqui y a sus lacayos, animando y dando ejemplo a todos los pueblos oprimidos. El pueblo vietnamita y los demás de Indochina han demostrado que... una colonia débil y pequeña puede derrotar a una fuerte potencia colonialista. Esa es una gloriosa victoria del pueblo vietnamita y también una victoria de las fuerzas mundiales amantes de la paz, la democracia y el socialismo.

De retaguardia del imperialismo, los pueblos y naciones de Asia, África y América Latina, se han convertido en las principales zonas de guerra y cercan al imperialismo. Esto ha hecho de esos pueblos y naciones un poderoso factor de la paz mundial y de la revolución y la principal fuerza motriz que empuja adelante la Historia. Nuestro Partido debe prestar todo su apoyo a la lucha de liberación de los pueblos y a las naciones que luchan contra el hegemonismo y por la preservación de su independencia y recursos naturales.

Un papel de gran importancia en la lucha contra el colonialismo, el imperialismo, el hegemonismo y por la preservación de la paz mundial lo juegan los países socialistas, en particular Albania y la Gran China Popular.

Bajo la dirección de su Partido Comunista y con el gran marxista-leninista Mao Tse-tung a la cabeza, el pueblo chino de 800 millones de seres ha ido conquistando una victoria tras otra en la revolución y edificación socialistas, en la lucha contra los enemigos internos y externos y en el plano internacional. La realización de la Gran Revolución Cultural Proletaria ha sido el más grande triunfo conseguido últimamente por el pueblo chino y sus resultados son de trascendencia histórica universal. Gracias a esa gran revolución, se ha consolidado la dictadura del proletariado, se ha desarrollado enormemente la producción, se han eliminado la miseria, la opresión y todas las demás lacras del capitalismo. El pueblo chino está hoy más unido, vive feliz y alegre; se ha armado con el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-tung y mantiene un alto espíritu revolucionario e internacionalista. Esta es una gran contribución a la causa de los pueblos y del comunismo en el mundo entero.

China es hoy el baluarte de la libertad y del progreso de la humanidad y la más consecuente defensora de la paz entre las naciones. Nosotros debemos sostener la política exterior de los países socialistas, prestarle apoyo y defender sus logros, si es preciso, hasta la última gota de nuestra sangre y como cosa propia.

La política de coexistencia pacífica con países de distinto régimen que aplican los países socialistas, contribuye a su propio fortalecimiento y al desarrollo de la revolución mundial. Una y otra cosa no están en contradicción, sino que se complementan y se apoyan mutuamente. Los países socialistas no explotan ni oprimen a ningún otro país ni tienen necesidad de guerras exteriores. Tampoco 'exportan' la revolución. La revolución es un asunto que compete al pueblo de cada país. Pero no propugnan la paz entre el imperialismo y los pueblos oprimidos ni la reconciliación de clases, y apoyan resueltamente las guerras y las luchas justas que sostienen los pueblos contra los opresores y explotadores. La política exterior de los países socia-

listas se basa en el principio del internacionalismo proletario, en la cooperación y la ayuda mutua entre ellos, en el apoyo y la ayuda de todo tipo y desinteresada a los pueblos que luchan contra el colonialismo, el imperialismo y el hegemonismo.

Por el contrario, el imperialismo, en particular las dos grandes potencias, son los más grandes explotadores y fuente de continuas guerras; cometen todo tipo de fechorías, agresiones, chantajes y subversiones. La naturaleza expoliadora y agresiva de su régimen capitalista les empuja a ello. Las dos superpotencias, mientras hablan de «paz» y «distensión» no dejan de provocar guerras que sirven a sus ambiciones, pelean entre sí y hacen preparativos para un enfrentamiento a gran escala que tiene por objetivo el dominio de Europa. Debemos estar preparados y preparar a las masas. Hoy, los EE.UU. y la U.R.S.S. se encuentra con grandes dificultades internas y externas. En todas partes donde se encuentran arde la tierra bajo sus pies y todos sus planes de repartirse el mundo están abocados al fracaso. Las perspectivas no pueden ser más negras para el imperialismo y todos los reaccionarios ni más brillantes para los pueblos.

**Camaradas:**

Desarrollar el Partido, desenmascarar completamente al oportunismo, poner en el centro la lucha contra el fascismo, luchar contra el imperialismo y practicar el internacionalismo; tales son nuestras tareas.

Nuestro Congreso se celebra en una situación internacional y nacional muy favorable. Esta es una situación de ascenso revolucionario. Hemos de proseguir el avance con más celeridad que antes. Los éxitos conseguidos en nuestro trabajo los debemos a la gran unidad combativa que hemos forjado en nuestras filas, porque nos basamos en el marxismo-leninismo y servimos al pueblo. Siempre seguiremos el camino revolucionario por duro que resulte: fieles al marxismo-leninismo, al servicio del pueblo y preservando nuestra unidad combativa. Sólo así lograremos continuas y cada vez más decisivas victorias.

Seguros de ello: afrontemos con decisión y optimismo las nuevas tareas; pongamos en su realización el mismo espíritu vivo e indoblegable, la misma abnegación la misma intrepidez que nos caracteriza.

**¡VIVA EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA (reconstituido)!**

**¡ADELANTE LA LUCHA CONTRA EL FASCISMO!**

**¡ABAJO EL IMPERIALISMO Y EL SOCIALIMPERIALISMO!**

**¡VIVA EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO!**

**¡VIVA EL MARXISMO-LENINISMO!**

Notas:

(1) - LENIN: Obras completas tomo 25, pag. 98-101.

(2) - LENIN: Obras completas tomo 41, pag. 94, edición rusa.